

RESEÑA DE LIBROS

BISSONNIER, HENRI: *L'expression, valeur chrétienne dans la vie, la psycho/pedagogie et l'orthopédagogie*. Collection Psycho/sociale número 1, Editions Fleurus, París, 1965, 352 págs.

Dividido en tres partes, que abarcan numerosos capítulos, el autor dedica la primera al estudio de la expresión, definiéndola, comparándola con el simbolismo y refiriéndola a la persona en particular y a la comunidad en general, para terminar enumerando como medios de expresión el propio cuerpo y los diferentes instrumentos utilizados tradicionalmente en este sentido.

En la segunda parte, que denomina «Psicopedagogía de la expresión», el autor aborda los condicionamientos de la expresión para relacionar después la pedagogía de la expresión con la educación cristiana; desarrolla los elementos de una pedagogía cristiana de la expresión, así como los diversos jalones por los que necesita pasar ésta.

El contenido de la tercera y última parte del libro es amplio y preciso; en él se recoge todo lo referente a inadaptación y expresión. Comenzando por preguntarse si hay inadaptados en la expresión, traza un esquema de supuestos fundamentales de una ortopedagogía de la expresión, así como los obstáculos y recursos de la misma. Estudia luego los aspectos psicopatológicos de la expresión religiosa, aduciendo experiencias vividas a este respecto, terminando por abordar las relaciones entre expresión religiosa y deficiencia mental y angustia.

En la introducción, Bissonnier destaca cómo veinticinco años de ministerio sacerdotal y cerca de veinte años de enseñanza le llevan a poner de relieve lo numerosos que son, en el mundo en que vivimos, los seres humanos incapaces de expresión; cuántos hombres y mujeres permanecerán como aprisionados durante su vida, cuando hubieran tenido tanto que decir y cuántos otros se expresan con dificultad no habiendo encontrado jamás el medio de revelarse, ignorando incluso sus posibilidades o bloqueados en su propio nacimiento. Por otra parte, ha comprobado cómo la personalidad dotada de talento pedagógico, de fuerza de convicción y de entusiasmo profundo es suficiente para conducir al acto a las potencias adormecidas de aquéllos.

Esta obra no es, por tanto, un libro de teología o de filosofía: Su hipótesis de trabajo es la del pedagogo y, sobre todo, la del ortopedagogo, o,

dicho de otro modo, el autor se sitúa en el punto de vista del educador y aún más del educador especializado. Es, pues, un valor pedagógico y ortopedagógico, es una dimensión de la educación y más particularmente de la reeducación la que desea descubrir esencialmente y hacer descubrir en los demás atacando con la conciencia de los límites la inmensa cuestión de la expresión.

La expresión verdadera es, esencialmente, un movimiento que va del interior hacia el exterior, hacia lo visible, partiendo de lo oculto; es la manifestación del ser a partir de lo que él oculta como más esencial, más profundo y más innato. Es el final de una actuación de potencias ignoradas frecuentemente por aquel que se expresa; es el resultado, el fruto, si no el fin o término, de un laborioso esfuerzo que va del vacío a la plenitud de la presencia; en definitiva, es una «creación» en el sentido de que aporta algo de nuevo al mundo.

El primer modo de expresión es más inconsciente, infantil y arcaico, pero tiene la fuerza y la riqueza que le confieren su carácter bruto, su brote primario a nivel del instinto, su sencillez fresca y sin rodeos, su animalidad misma violenta y apasionada. Sin embargo, es ciego, salvaje, susceptible de ser destructor del mundo, pues no admite límites, de acabar consigo mismo. En el límite, desemboca en la anarquía, vuelve al caos. Es por esto por lo que se encuentra en la producción de los grandes enfermos mentales o se ve estallar de pronto, como una tormenta en los hombres más normales.

El segundo modo de expresión es, por el contrario, más consciente, más adulto, más evolucionado. Pero no siempre escapa al peligro de empobrecerse, de desecarse, de perder algo de su vigor y de su verdad iniciales, al conceptualizarse, al hacerse voluntario, al caer bajo el control de una razón que reflexiona, al civilizarse, en una palabra. Es, sin embargo, más lúcido, más clarividente y más previsor, más sabio, más económico y más constructivo. Aceptando el mundo tal como es se apoya sobre él para transformarlo, sabiendo bien hasta qué punto le transforma. Este modo de expresión se encuentra en el genio o más simplemente en el «hombre honesto», es el que se descubre en el místico o en toda manifestación auténtica de un gran amor.

Más, no hay ruptura absoluta entre estos dos modos de expresión: el espontáneo y el querido. El primero prepara al otro y el segundo

debe hacer llamada sin cesar a los indiscutibles recursos del primero, en el que no cesa de enraizarse y de encontrar su dinamismo. El hombre «civilizado» debe redescubrir estas riquezas en sí mismo, remontarse laboriosamente a su origen, explotarlo después de ordenadas y reunificarlas para ofrecerlas y transformarlas en ofrenda finalmente. Pero debe tener en cuenta también la presencia de estas verdaderas riquezas y de estos niveles en el otro; que se exprese para él o se refiera a su expresión es hasta donde precise abrirse un camino.

En el dominio religioso, por otra parte, encontramos también dos modos de simbolización: el primero, propio de las religiones arcaicas, premetafísico, cuya dominante es la cualidad psíquica inconsciente, característica del niño; el segundo lo encontramos en las religiones evolucionadas, como el cristianismo, en su estadio posmetafísico y cuya dominante es la cualidad psíquica consciente, más peculiar del adulto.

Expresión, símbolos y valores religiosos son tres realidades conexas a pesar de ser distintas. En efecto, toda expresión no es, de golpe, simbólica, ni toda expresión, incluso simbólica, es por tanto religiosa. Pero el símbolo es en la expresión como su fundamento mismo y como la meta en la que la expresión debe desembocar de manera casi inexcusable. Simbólica o no, toda expresión tomará el camino de los símbolos, pues es simbólico el universo mismo creado por Dios.

La expresión se cultiva, es como una educación fundamental que todo hombre se debe a sí mismo y que debe dar a los que le son confiados; el educador o reeducador tiene que ser más capaz que ninguna otra persona de expresarse y de ayudar a los otros a hacerlo. Si ello le falta estará frustrado en sí mismo y frustrará a los demás.

La expresión comunitaria parte de una realidad, la de la humanidad misma que es imposible tratar de otro modo que como una unidad, un todo, un cuerpo y que, espontáneamente, naturalmente, prueba la necesidad de manifestarse como tal. Y la expresión comunitaria ayuda a esta humanidad a evolucionar en el interior mismo de esta realidad, hacia una unidad más perfecta en tanto que es más personalizada en sus miembros, al mismo tiempo que más íntimamente articulada y armonizada en su estructura, su funcionamiento y el juego de sus dones recíprocos.

Unidad y diversidad de la expresión. Una expresión verdadera compromete al hombre todo entero. Estamos presentes desde la planta de nuestros pies y con la plenitud de nuestra alma hasta el fin del lapicero, del pincel o de la pluma que utilizamos para expresarnos. Este totalismo de la expresión, que debe evolucionar hacia una verdadera unidad, no excluye, sin embargo, que se distinga en el hombre tantos planos y niveles en los que vive, obra y se expresa.

La expresión nace y se enraiza en el plano más profundo del ser, en el que anida un rico dinamismo. El tono vital, la energía psíquica fundamental tienen una importancia considerable en la expresión; nosotros mismos sentimos algunos días menos vitalidad, fatiga mayor y lo comprobamos también cuando nuestra tarea es estimular a los demás e invitarles a que se expresen, encontrando, en unos, inhibición, sabia economía, y, en otros, liberación más total, incluso anárquica.

El sistema permanente de la personalidad entra también en juego. Tal individuo nos parece por constitución, temperamento o carácter más abierto, más expansivo, más en contacto con el mundo; en él la expresión parece más fácil. Por el contrario, otro parece habitualmente más cerrado, reservado, más cortado con el medio y nos vemos tentados a decir que es más introverso, más egoísta y que, en él, la expresión presenta más dificultad. Intervienen igualmente en este plano las agencias y las disociaciones de la personalidad; por ello se reflejarán en la expresión las insuficiencias, pero también las compensaciones del oligofrénico; las disociaciones, pero también las capacidades de reconstrucción que se encuentran en los diversos grados de caracteriales, neuróticos y psicóticos.

La expresión se sitúa y evoluciona desde los niveles psicofisiológico y psicomotor, asentada en una anatómo-fisiología dada, pero sin cesar de mejorar y de reformarse por el ejercicio. A través de todos estos planos y niveles se manifiesta, en efecto, una unidad: unidad del mismo dinamismo nacido en lo más íntimo del ser y que aflora o explota en su comportamiento y su relación con el mundo, con el medio que le rodea; unidad de funcionamiento en el que los niveles inferiores son asumidos e integrados por los niveles más altos sobre los que influyen y a los que condicionan; unidad de crecimiento del ser que se desarrolla cuantitativa y cualitativamente y en el que, a su vez, se expansiona cada una de las funciones correspondientes a los estadios del crecimiento somático y psíquico. Unidad, en fin, en la intensificación de la vida interior y en un continuo superar que conoce renunciaciones, desintegraciones y crisis, pero que, finalmente, debe desembocar en un equilibrio más sólido

y en una mejor armonía para portar frutos de calidad superior.

La expresión religiosa no es, en sí, la misma cosa que el arte sacro, o más exactamente es el arte sacro el que puede entrar en el vasto dominio de la expresión religiosa. Esta reviste una significación capital y desempeña un papel predominante en el conjunto de la educación religiosa y más especialmente en el de la educación cristiana. Es esencial y raro, al mismo tiempo, que los educadores estén prestos a tomarla a su cargo. Esto supone que los educadores mismos tengan hecha la experiencia honestamente y esta experiencia está menos extendida de lo que se imagina.

La expresión religiosa estando en la cumbre de toda expresión humana auténtica se prepara a través de una educación de la expresión. Ella llega normalmente en todo un contexto que, idealmente, es el de una verdadera educación humana, completa y activa, en la cual una educación de la expresión tiene el lugar correspondiente; basta, entonces, crear las condiciones favorables y estimulantes para el nacimiento de una expresión de la vida religiosa; después, alentar y sostener estas diversas manifestaciones a su tiempo.

Obstáculos y recursos en ortopedagogía de la expresión. Después de una experiencia de varios años de ortopedagogía de la expresión con niños y adolescentes que presentan inadecuación de origen diverso, el autor destaca alguno de los obstáculos encontrados, así como ciertos recursos que facilitan la expresión de esta categoría de niños.

El espacio no explorado, en general, puede constituir para el niño una primera dificultad; se siente perdido, no encuentra su lugar en él y retrocede ante este mundo al que él no está acostumbrado. En una sala conocida, el menor cambio puede despistar a ciertos niños y adolescentes, a los deficientes mentales en particular, que toman la parte por el todo, y a ciertos psicóticos que desintegran en cadena a partir de un fallo de la realidad.

El comportamiento del deficiente profundo en la expresión está caracterizado por cierta lentitud; precisa tiempo para ponerse a trabajar y acaricia y manosea los instrumentos previamente. En su expresión él recuerda en sus formas al niño pequeño y al hombre primitivo; es como un sueño pasado en la realidad o la realidad revivida, es, igual que en el párvulo, sin distancia y sin barreras, pero no obstante con una capacidad de testar la realidad en el sentido adulto de la palabra. Como el niño y quizá más, el deficiente mental es reactivamente insensible al principio de no contradicción; una cosa puede ser para él blanca y negra, posible e imposible al mismo tiempo, pero escoge matices con más finura que muchos adultos normales.

Al yuxtaponer intuiciones más o menos tabicadas las unas por las otras, la unidad le es difícil en esta diversidad y el elemento que más aprecia le destaca del resto y le agranda.—ISABEL DÍAZ ARNAL.

PEDRO PLANS: *Geografía universal*, 2.º curso. Un nuevo manual para la Geografía del Bachillerato español. Madrid, Editorial Magisterio Español. Col. DYA, 360 páginas. 173 ilustraciones.

La constante labor de Pedro Plans con vistas a una dignificación de la enseñanza geográfica en el bachillerato ha cuajado recientemente en un nuevo manual destinado a la Geografía universal que se cursa en el segundo año del bachillerato elemental. Los que conocíamos su primer libro sobre la geografía de España estábamos deseando que el esfuerzo iniciado se completase cerrando el ciclo de la endeble programación geográfica de la Enseñanza media.

La geografía universal, un monstruoso temario que encierra los conceptos de geografía general física y humana y la descriptiva de todos los países a cursar en un solo año, presenta dificultades enormes a la hora de concebir la estructura de un libro que va destinado a escolares de doce años. No resulta fácil realmente emprender una tarea con semejante volumen de materias y hacerla asequible, inteligible y digerible al pobre muchacho condenado por nuestros programas oficiales a realizar un esfuerzo que sobrepasa su capacidad. Inmediatamente se echa de ver que el objetivo del autor debe ser aligerar la masa de datos, estructurar en línea clara el cúmulo de noticias y de información que se contienen en el programa. En una palabra, el autor responsable está obligado a poner de su parte todo el ingenio posible, que le faltó en su día al confeccionador del programa oficial, para conseguir el milagro que se exige en el presente plan de estudios. Creemos que Pedro Plans ha conseguido en buena parte este objetivo, y decimos en buena parte, porque no se puede hacer más que lo que permite hacer el programa. Por eso, a pesar de la idea, presente en todas las líneas del trabajo que comentamos, de eliminar volumen, el manual ha salido con dimensión excesiva aunque sea la mínima requerida para un libro de bachillerato.

El libro de Pedro Plans no merece del alto nivel que se ha impuesto el autor. El verdadero valor del libro hay que buscarlo en los presupuestos metodológicos y didácticos que lo inspiran entre los cuales destaca el de la enseñanza nacional. El alumno debe encontrar un cauce adecuado para despertar su interés y hacer aflorar la reflexión

personal más que el ejercicio exclusivo de la memoria. Ese cauce lo constituye, de una parte, los expresivos epígrafes de que consta cada lección, en los que en una sola línea se condensa el contenido de los mismos, y de otra, una descripción pormenorizada pero descargada de datos, que sirve de guía para movilizar los engranajes de su imaginación. El libro se convierte de esta forma, más que en un caudal de conocimientos, en un instrumento formativo de la mente infantil, que le ayuda a desarrollar su capacidad reflexiva y relacional.

El riesgo de caer en un manual «erudito» ha sido eliminado rotundamente. Por eso el libro no es recomendable para un profesor que quiera informarse, sino sólo para un profesor que quiera enseñar. En él encontrará, dentro de la autonomía exigida por el quehacer docente, una gran cantidad de sugerencias didácticas sobre el correcto planteamiento

de los temas, la estructura de los mismos, e incluso el modo de dirigirse, con un lenguaje directo, al alumno. Pero, sobre todo, el manual está hecho para el uso de los escolares. Pedro Plans ha tenido la honradez de renunciar a cualquier otro objetivo que no sea el mejor aprovechamiento del lector adolescente, poniendo a su nivel psicológico el contenido temático de la geografía general y regional.

El libro está muy bien presentado, requisito bastante importante para que cumpla con su destino. Las letras cursivas y negritas se utilizan para subrayar las nociones más importantes, y los recuadros en letra roja fijan y destacan las definiciones centrales del tema desarrollado en cada lección. El texto se agiliza y pierde mazacotismo, gana en facilidad de lectura, y se convierte en un instrumento más al servicio del fin docente.

La ilustración gráfica es satisfac-

toria, sobrepasando ampliamente los límites mínimos requeridos, en lo que se refiere a material fotográfico empleado, aunque podría mejorar un poco más en croquis y dibujos. Suponemos que esta escasez viene impuesta por motivos que escapan a la voluntad del autor y puede ser suplida por el manejo de un atlas escolar, al cual se hace constante referencia en el texto.

Cada lección lleva una lista de preguntas sobre el tema tratado y unos ejercicios prácticos, y al final del libro hay un vocabulario en el que se explican las palabras que pueden ser menos comprendidas por el alumno. Un pequeño folleto con el programa y unas consideraciones metodológicas acompaña al libro. Recomendamos su lectura porque constituyen los principios metodológicos y didácticos con que ha sido construido el libro y una autocrítica de su propia labor.—SALVADOR MENSUA FERNÁNDEZ.